

fama en la pasada guerra, y consérvase muy bien á pesar de sus sesenta y cinco años. El general Hancock, en fin, llamaba también la atención por la importante parte que tomó en la sangrienta campaña de 1864, mandando el segundo cuerpo del ejército de Grant.

El Presidente de los Estados Unidos, Mr. Cleveland, había querido honrar también con su presencia los funerales, y ocupaba un coche tirado por seis caballos; detrás iba otro que conducía á dos ex-presidentes; Mr. Rutherford Hayes y Mr. Chester Arthur; y seguía un considerable número de carruajes ocupados por ministros, gobernadores de diversos Estados, senadores y representantes del Congreso. Esta procesion empleaba cinco horas para pasar por un punto dado, y tardó siete en llegar á su destino. Eran las cinco de la tarde cuando el catafalco se detuvo cerca de la tumba, donde for-

maban dos regimientos y alguna artillería como guardia de honor. El presidente Cleveland, seguido de algunos funcionarios, fué á situarse junto á la bóveda; y cuando hubo llegado la familia del general Grant dióse principio á la ceremonia religiosa. Terminada ésta, colocóse el ataúd en la tumba; se hicieron algunas salvas de artillería y se dió por concluido el acto.

Estos funerales, así como anteriormente los de Abraham Lincoln, y más tarde los del presidente Garfield, revelan en América los más nobles y puros sentimientos de una verdadera democracia, que sabe agradecer los servicios de los soldados leales de la República, y que en días de luto nacional olvida todas las disensiones de los partidos rivales, todos los errores y las luchas de los pasados años, uniéndose para honrar la memoria de un hombre que sirvió bien á su país.

RUTHERFORD HAYES

DÉCIMONOVENO PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS

Antes de terminar la administración del general Grant, en noviembre de 1875, las elecciones oficiales en los Estados habían sido favorables á los republicanos, pero el éxito de las que debían verificarse más tarde para la Presidencia parecía muy dudoso. El candidato republicano en 1876 fué Mr. Rutherford Hayes, gobernador del Ohio; y el demócrata Samuel J. Tilden, gobernador de Nueva York. La lucha electoral fué muy reñida, y en algunas partes del Sur produjo tal excitación, que hasta llegó á temerse que se renovara la guerra civil; pero al fin se sometió la cuestión á un Comité electoral; y en 2 de marzo de 1877, contados los votos, resultó favorecido Mr. Hayes, pero sólo por la mayoría de uno, es decir, 185 contra 184, lo cual hizo recordar las elecciones de la época de Juan Adams, quien sólo obtuvo el triunfo por una mayoría de tres votos en la lucha electoral para la Presidencia. Por lo demás, nada hubiera tenido de particular la derrota de Hayes, pues aunque ventajosamente conocido y apreciado por sus relevantes cualidades, los demócratas le opusieron como rival á Samuel Tilden, gobernador de Nueva York, como ya hemos dicho, y que por su brillante carrera, su influencia y su posición era digno de ocupar el primer cargo de la República. Nacido en Nueva Lebanon (condado de Colombia), en 1814, su padre, que era cultivador y comerciante á la vez, y hombre de no poca influencia en la localidad, habíale imbuido desde muy joven una marcada afición á la política, y Samuel, dando pruebas de su precoz talento, escribió ya á los diez y ocho años un folleto sobre los partidos. En 1832 ingresó en el Colegio de Yale, pero no pudo continuar mucho tiempo allí sus estudios á causa de su delicada salud. Dos años más tarde asistió á la Universidad de Nueva York, donde completó su educación; y después fué á estudiar leyes en casa de un abogado notable, donde permaneció hasta que al fin pudo ejercer á su vez. Entonces Tilden tomó una parte muy activa en la política, y escribió á menudo para defender al partido democrático en oposición á los federales. En 1844 asocióse con un amigo

suyo para publicar un periódico, el *Daily News*, á fin de favorecer la elección de Jaime Polk para la Presidencia; y al año siguiente se le eligió diputado. Después formó parte de la Convención constitucional de Nueva York; pero no tardó en retirarse de la política, y durante algunos años se consagró exclusiva y asiduamente al ejercicio de su profesión. En aquella época hubo de entender en muchas causas importantes, y pudo adquirir así una merecida fama. Desde 1858 á 1872 conociósele principalmente como «abogado asesor de los ferro-carriles,» y en esta práctica adquirió una gran fortuna. Cuando estalló la guerra, Mr. Tilden, que siempre había sido partidario de la conciliación, mantúvose en una actitud neutral mientras duraron las hostilidades; pero después tomó una parte activa en la dirección del partido democrático en su Estado, siendo individuo de la Convención constitucional de 1867. En 1874 se le eligió gobernador de Nueva York. Tal era el competidor de Rutherford Hayes, que, como hemos visto, estuvo muy próximo á ganar la elección.

Rutherford Hayes nació en Delaware, en el Estado de Ohio, el 4 de octubre de 1822. Se graduó en el Colegio de Kenyon, en Gambier (Ohio), y recibió una educación profesional en la Escuela de Leyes de Cambridge. En Cincinnati fué donde comenzó á ejercer; mas no lo hizo hasta los treinta y cuatro años, y entonces obtuvo su primer cargo oficial de procurador, el cual desempeñó hasta que estalló la guerra, en 1861. Muy poco antes alistóse en el regimiento de voluntarios del Ohio, en el que sirvió hasta que se le confirió el mando de una brigada, en 1864.

Después de haber sido nombrado Mayor, cuyo cargo desempeñó durante un año, ó poco menos, promoviósele en setiembre de 1862 al grado de teniente coronel, con mando de un regimiento, que se distinguió en la batalla de la Montaña del Sur. En lo más acalorado de la acción, el coronel Hayes fué herido gravemente en un brazo, pero permaneció con su regimiento hasta el fin, é hizo notar por ser el primer jefe que tomó posición en dicho punto.

Dos años después, Hayes obtuvo el grado de brigadier, y entonces los republicanos le eligieron diputado para el Congreso por el segundo distrito del Ohio, y gracias á una gran mayoría de votos pudo triunfar del candidato demócrata, que era José Butler. Hayes se distinguió en el Congreso por sus relevantes dotes, habiendo merecido á menudo la preferencia para formar parte de comités especiales. Al terminar el año 1866 eligiósele de nuevo diputado; pero después de celebrada la primera sesión de la legislatura, el partido republicano le designó para el cargo de gobernador, cargo que aceptó sin vacilar, y para cuyo desempeño fué reelegido cuando terminó el plazo marcado por la ley. En 1869 Hayes figuraba ya á la cabeza del partido republicano en el Ohio, gracias á lo cual comenzó á tener una gran influencia, así en su Estado como cerca del gobierno, y esto le preparó seguramente el camino para elevarse hasta ocupar más tarde la Presidencia.

El 5 de marzo de 1877, Rutherford Hayes, seguido de numeroso acompañamiento cívico y militar, salió de la Casa Blanca para ir al Capitolio, donde le esperaba un inmenso concurso para presenciar la acostumbrada ceremonia, figurando en primera línea los presidentes de ambas Cámaras, el cuerpo diplomático y muchos personajes notables. El vice-presidente, Mr. Wheeler, juró primeramente su cargo, y después trasladáronse todos á la Cámara donde el nuevo Presidente debía practicar la misma ceremonia y tomar posesión. Cumplida esta formalidad, Mr. Hayes entregó su mensaje, documento escrito muy concienzudamente, y que por su índole llamó la atención, excitando el interés de la Asamblea. Decía así: «La pacificación permanente del país, basada en los principios y medidas que puedan asegurar la completa protección de todos los ciudadanos en el libre uso de sus derechos constitucionales, es ahora entre los asuntos públicos el que tiene para nuestro país una importancia suprema. Todavía subsisten muchos de los calamitosos efectos de la tremenda revolución que ha afligido al país, y aun no hemos tocado los inconmensurables beneficios que seguramente seguirán, más pronto ó más tarde, á la general aceptación de los resultados de aquella. Dificiles y espinosas cuestiones se suscitan apenas entramos á tratar de este asunto: el pueblo del Sur está todavía empobrecido, y aun no disfruta de las inapreciables ventajas que debe proporcionarle un gobierno local sabio, honrado y tranquilo. Cuales-

quiera que sean las diferencias de opinión que puedan existir respecto á la causa de semejante estado de cosas, siempre resultará un hecho evidente, y es que en la marcha de los acontecimientos ha llegado la hora de reconocer que tal gobierno es una necesidad imperiosa para todos los intereses públicos y privados del Sur; pero no debe olvidarse que sólo un gobierno local que reconozca y mantenga inviolables los derechos de todos será el verdadero gobierno.

» En cuanto á las dos distintas razas cuyas relaciones peculiares entre sí han acarreado sobre nosotros las deplorables complicaciones que existen en aquellos Estados, el gobierno debe resguardar los intereses de una y otra con celo é igualdad, sometiendo lealmente á la Constitución las leyes del país con las de esos Estados, y aceptando y obedeciendo fielmente los preceptos constitucionales tal como son. Apoyándonos sobre esta segura y sólida base se podrá efectuar la reorganización, pero no de otro modo. Cuando se trata de obedecer los preceptos constitucionales y atenerse á su espíritu, los llamados intereses de partido pierden su aparente importancia, y las fracciones políticas dejan de tener significación. Lo que se ha de considerar ante todo para el inmediato bienestar de los Estados del Sur es la cuestión de gobierno, de orden social y de pacíficas industrias, pues de lo contrario se volvería al barbarismo. Y en esta cuestión, todos los ciudadanos de nuestra República están muy interesados, sin establecer diferencias entre demócratas y federales, porque somos ante todo compatriotas, y por lo tanto, los intereses comunes del país nos han de ser igualmente queridos. La revolución en todo el sistema de trabajo de una gran parte de nuestro país, y la emancipación de cuatro millones de hombres, que han pasado del estado de esclavitud al de ciudadanos libres, no podía efectuarse sin presentar problemas del más grave carácter. Que la medida adoptada por Abraham Lincoln fué sabia, justa y hasta providencial, es cosa generalmente reconocida en el país; y también está admitido por la inmensa mayoría que el gobierno nacional tiene moralmente la obligación de emplear todo su poder é influencia para establecer los derechos del pueblo y evitar que sean atacados. Los males que afligen al Sur sólo se pueden remediar por los esfuerzos aunados de ambas razas, por la buena inteligencia y las consideraciones recíprocas; y yo estoy resuelto á proteger, mientras ocupe el cargo con que se me ha favoreci-

do, á todos los ciudadanos, valiéndome de cuantos medios me permita la Constitución. Abrigo sinceramente el deseo de usar de toda mi influencia en favor de un celoso y honrado gobierno local, porque esto es para los Estados del Sur el único medio, el único camino que puede conducirles á la prosperidad.»

Al hablar de la Constitución general del país, el nuevo Presidente hizo una observación que pareció muy digna de tomarse en cuenta: dijo que en su concepto sería mejor prolongar la administración de cada Presidente por el término de cuatro á seis años, prohibiéndose la reelección, que á menudo da por resultado una indebida influencia. Esperábase que más pronto ó más tarde se sancionaría una enmienda constitucional en este sentido.

El mensaje del Presidente mereció la aprobación general, y fué muy elogiado por la prensa, pues sus declaraciones revelaban tanta sinceridad como buen ánimo para gobernar con una política que no podía menos de satisfacer y tranquilizar á todo el país. El mensaje produjo buen efecto hasta en el Sur.

«Si Mr. Hayes realiza lo que promete, dijo un eminente político al hablar del mensaje, podrá preciarse de haber sido el más notable de los Presidentes desde Washington. La oportunidad que se le ofrece es envidiable, y las dificultades con que ha de luchar no son tantas como las de sus predecesores, aunque para resolverlas exigen la energía y recursos de un hombre de Estado. Es preciso pacificar el Sur, reconciliándole con el nuevo orden de cosas, y hacerle comprender poco á poco la eficacia del trabajo libre y la supremacía del Gobierno republicano, ganándose al mismo tiempo su buena voluntad. Un país gastado por la guerra civil, donde se ha introducido el desorden, á causa de haberse querido que prevalecieran injustas formas sociales é industriales que todo el mundo condena, exige una completa reorganización, y es preciso comunicarle el aliento de una nueva vida. También se debe establecer un justo y razonado equilibrio entre los derechos de los Estados y los del Gobierno; y cuando se haya hecho esto, cuando á la antigua anarquía, resultante de la esclavitud y de la colisión de la libertad con las clases privilegiadas, suceda tranquilamente la igualdad de los derechos en toda la República, ¿qué no podrá esperarse del genio vigoroso de América? El estandarte de la Unión flota independiente desde el Atlántico hasta el Pacífico, y dentro

de ese vasto dominio los elementos para el porvenir apenas tienen límite. De los desiertos, de las praderas y de los bosques fórmanse nuevos territorios; los trece Estados soberanos de 1776 se han aumentado hasta el número de treinta y ocho, y hoy asciende ya á cuarenta millones de almas la población de la gran República. Una potencia como esta es una de las fuerzas determinantes del mundo, y nada puede eclipsar la brillante aurora del gran pueblo, cuyas ramas separadas, aunque procedentes de un mismo tronco, tienen sus raíces en Londres y en Washington.»

Poco después de su elevación al poder, el presidente Hayes recibió á una diputación de ciudadanos negros, y en contestación á sus felicitaciones, díjoles que había nombrado á un individuo de su raza, llamado Federico Douglas, jefe de policía del distrito de Columbia, deseando dar con esto una prueba de que estaba resuelto á proceder ateniéndose á los principios expuestos en su mensaje inaugural.

La administración de este Presidente no ofreció nada de notable durante los cuatro años que empuñó las riendas del gobierno, y por buenas que fueran sus intenciones é infatigable su celo, no podía esperarse que realizara todas sus promesas tan pronto como quería, porque aun era preciso vencer no pocas dificultades y combinar elementos muy encontrados para restablecer la buena inteligencia y consolidar la reconciliación en el nuevo estado de cosas. Por eso el gobierno de Mr. Hayes no llenó las esperanzas de los unos ni satisfizo la ambición de los otros; y así es que bastante tiempo antes de terminar el cuarto año de su administración, comprendióse que no merecería los honores de la reelección, tanto más cuanto que iban á entrar en campaña para disputarse la Presidencia dos hombres notables, no sólo por su brillante carrera sino también por su influencia en el país.

Llegado el período de las elecciones, y teniendo ya la seguridad de que el presidente Hayes no sería reelegido, la Convención del partido demócrata, reunida en Cincinnati, dió principio á sus trabajos con una actividad que contrastaba con la lentitud de la Junta republicana de Chicago. Esta última necesitó treinta y seis escrutinios para obtener la mayoría absoluta que deseaba en favor de su candidato á la Presidencia, el general Garfield; mientras que en Cincinnati, las dos terceras partes de los sufragios recayeron ya desde el segundo escrutinio en favor del general Hancock, personifi-

cacion de la cordial inteligencia entre las dos grandes secciones geográficas de la Union americana. Bien podía temer Garfield la competencia de semejante candidato, porque Hancock, uno de los más brillantes generales del ejército del Norte, y el héroe de la batalla de Getisburgo, era un hombre por todos conceptos notable. Los dos candidatos, el republicano y el demócrata, habian sido generales de la Union, sólo que Hancock procedía de los cuadros regulares del ejército, y Garfield de las filas de los voluntarios llamados á las armas por el presidente Lincoln; mas el primero se habia distinguido siempre por su severa rectitud; mientras que el segundo, obedeciendo á ciertas influencias ó al espíritu de partido, no se opuso, cuatro años ántes, al fraude electoral por el que los votos de la Luisiana se sustrajeron en favor del presidente Hayes á fin de asegurar su triunfo.

La campaña presidencial, comenzada ya á

fin de junio de 1880, despues de presentar las Convenciones nacionales de Chicago y de Cincinnati su candidato definitivo, fué de las más activas y borrascosas, habiéndose inclinado un momento la balanza en favor de los demócratas, pues el general Hancock contaba con muchos partidarios en los Estados Unidos, siendo además rico y hallándose en toda la fuerza de la edad; pero en las elecciones generales de los treinta y ocho Estados de la Union alcanzaron al fin la mayoría el general Garfield y Mr. Chester Arthur para los cargos de Presidente y Vicepresidente, en sustitucion de Mr. Hayes y Mr. Wheeler; y en febrero de 1881, reunidos en sesion extraordinaria el Senado y la Cámara de representantes, quedó confirmada la eleccion.

Sabido este resultado, el presidente Hayes entregó su último mensaje anual, dando cuenta del estado en que dejaba la administracion, y abandonó la Casa Blanca para retirarse á la vida privada.



JAIME ABRAHAM GARFIELD

Vigésimo Presidente de los Estados Unidos

Jaime Abraham Garfield, que fué sucesivamente en su carrera pública hombre de leyes, soldado, representante en el Congreso y senador, habia nacido en noviembre de 1831 en un pueblecillo llamado Orange, en la parte noreste del condado de Cuyahonga, en el Ohio, localidad que en aquella época contaba muy pocos habitantes. La familia era muy pobre, y apenas ganaba lo necesario para su subsistencia: el padre, Abraham Garfield, humilde labrador, cultivaba un reducido terreno de su propiedad en medio del bosque, donde habitaba en una tosca choza construida con troncos; la madre era hija de Jaime Ballou, de Nueva Hampshire, descendiente de una antigua familia de hugonotes franceses, que habia dejado un recuerdo notable en la historia religiosa de Rhode Island. Abraham Garfield murió cuando

el niño Jaime sólo contaba dos años; la viuda permaneció en Orange, y como tenia más hijos, hubo de luchar muchos años contra la pobreza. Así pasó la infancia de Jaime Garfield, y cuando ya tuvo fuerzas para trabajar, su madre le ocupó para ayudarla en sus rudas faenas. Apenas si tenia cuatro años cuando la viuda le habia obligado á ir á la escuela del distrito, acompañado de su hermana, que le llevaba á cuestas, porque debian recorrer un largo camino.

Cuando Garfield llegó á ser un robusto muchacho, contribuyó cuanto le fué posible al sosten de su familia: ocupábase en conducir las caballerías que tiraban de los lanchones cargados de carbon que hacian su carrera por el rio, y más tarde se dedicó al oficio de barquero en el canal de Pensilvania y del Ohio. No dejaba